

de Dios. Es una hornacina de base octógona cerrada en lo alto por una colosal concha de mármol. En el Mihrab se guardaba el Coran, escrito de manos del califa Otman, cubierto de oro, guarnecido de perlas, y sostenido por un escabel de madera de aloe; y los miles de creyentes le daban porsiete veces la vuelta de rodillas. Al acercarme á la pared sentí que el pavimento faltaba á mis piés: ¡el mármol forma allí un verdadero surco!

Despues me detuve á contemplar por largo espacio de tiempo la bóveda y paredes de la capilla principal, la sola parte de la mezquita que se ha conservado casi intacta. Es un centelleo de cristales de mil colores, un entrelazamiento de treceerías que confunden la imaginacion, una combinacion de relieves, adornos, dorados, detalles de dibujo y de color de una delicadeza, una gracia, una perfeccion, capaces de causar la desesperacion del pintor más paciente. Es materialmente imposible recordar con claridad cosa alguna de ese prodigioso trabajo; podeis volver á contemplarlo cien veces y no os quedará ante los ojos, á pensar en el, más que una inmensa confusion de puntos azules, rojos, verdes, dorados, luminosos, ó un bordado complicado, cambiando continúa y rápidamente de dibujos y colores. Un milagro de arte como aquel, solo puede brotar de la imaginacion ardiente é infatigable de árabes.

Y empezamos otra vez á recorrer la mezquita, examinando aquí y allá, sobre las paredes, los arabescos de las antiguas puertas que se entrevén algo, bajo el detestable embadurnamiento cristiano. Mis com-

pañeros me miran, se rien, y murmuran no sé qué al oido:

—¿Usted no lo ha notado todavía?—me dijo uno de ellos.

—¿Qué?

Se miraron y de nuevo sonrieron.

—¿Usted cree haber visto toda la mezquita?—replicó el que había hablado.

—¿Yo? Sí,—respondí mirando en torno mío.

—Pues bien: no lo ha visto Vd. todo; lo que le falta ver es una iglesia, no otra cosa.

—¿Una iglesia?—Exclamé estupefacto. ¿Pero donde está?

—Mirad,—díjome el otro compañero, enseñándomela;—se halla precisamente en el centro de la mezquita.

—¡Poder de Dios! ¡Y no la había visto!

Por ello se podrá juzgar de la magnitud del edificio. Fuímos á ver la iglesia. Es una hermosa y rica iglesia, con un altar mayor espléndido y un coro digno de figurar al lado de los de las catedrales de Búrgos y Toledo; pero, como todas las cosas que no se hallan en su sitio, más que causar admiracion, molesta. El mismo Carlos V, que dió al cabildo permiso para construirla, se arrepintió de haberlo dado cuando vió el templo musulman. Junto á la iglesia se halla una especie de capilla árabe, admirablemente conservada, rica en mosaicos no ménos bellos y variados que los del Maksurah: dícese que allí se reunian los doctores del islamismo para leer el libro del Profeta.

Tal es la mezquita en el día de hoy. Pero, ¡qué no sería en tiempo de los mahometanos! No se hallaba circuida por un muro, sino abierta, de modo que por todos lados se veía el jardín, desde éste el fondo de las naves. El viento llevaba hasta las bóvedas del Maksurah el perfume de los naranjos y de las flores. Las columnas, que ahora no llegan á mil, eran entonces mil cuatrocientas; el techo, de cedro y aloe, se hallaba esculpido ó incrustado, de trabajo exquisito; las paredes revestidas de mármol; la luz de ochocientas lámparas llenas de aceite perfumado, hacía centellear como diamantes los cristales de los mosaicos, y producía sobre el pavimento, sobre los arcos y sobre las paredes, maravilloso juego de colores y reflejos. Un océano de esplendor, canta un poeta, llenaba el misterioso recinto; el tibio ambiente estaba impregnado de aromas y armonía, y el pensamiento de los creyentes erraba y se perdía en el laberinto de las columnas, refulgentes como lanzas heridas por el sol.

Federico Schack, autor de una preciosa obra titulada: *Poesía y arte de los árabes en España y en Sicilia*, describe la mezquita en un día de gran fiesta, dando una curiosa idea del culto musulmán, y completa el cuadro del monumento. A ambos lados del *almimbar* ó púlpito, ondean dos estandartes, para significar que el islamismo ha triunfado del judaísmo y del cristianismo, y que el Corán ha vencido al antiguo y nuevo Testamento. Los *almnedani* salen por la galería del alto minarete y entonan el *selam*, ó saludo al Profeta. Entonces las naves de la mezquita se llenan de creyentes que, vestidos de blanco y con festivo aspecto,

acuden á la oración. En pocos momentos, en toda la extensión del edificio, sólo se ven las gentes arrodilladas. Por el conducto secreto que une el templo al alcázar, llega el califa y se sienta en elevado sitio. Un lector del Corán lee una *Sura* en el facistol del púlpito. La voz del *muezín* resuena de nuevo, invitando á la oración del medio día. Todos los fieles se levantan y murmuran sus plegarias, inclinándose profundamente. Un servidor de la mezquita abre las puertas del púlpito y empuña una espada, con la cual, volviéndose hácia la Meca, amonesta á los creyentes para que sea alabado Mahoma, mientras es celebrado en la tribuna cantando los *mabalijes*. Entonces el predicador sube al púlpito y toma de la mano del servidor la espada que recuerda y simboliza la sumisión de España al poder del Islam. Es el día en que debe proclamarse el *Fihad* ó la guerra santa, el llamamiento á todos los hombres útiles para que partan á luchar contra los cristianos. La muchedumbre escucha con silenciosa devoción el discurso, lleno de pasajes del Corán, que empieza así: "Alabado sea Alá, que ha extendido la gloria del Islam, gracias á la espada del campeón de la fé, y que en su libro santo ha prometido á los creyentes ayuda y victoria. Alá esparce sus beneficios por la tierra. Si no animasé á los hombres á lanzarse armados contra los hombres, la tierra se perdería. Alá ha ordenado que luchemos contra los pueblos, hasta que éstos reconozcan que sólo hay un Dios. El fuego de la guerra no se extinguirá hasta el fin del mundo. La bendición divina caerá sobre la crin del caballo guerrero hasta el día

del juicio. Armados de piés á cabeza, ó armados ligeramente, ¡alzáos y partid! ¡Oh, creyentes! ¿Qué será de vosotros si cuando se os llama á la batalla permanecéis con la cabeza baja? ¿Preferís la vida de este mundo á la vida futura? Creedme: las puertas del paraíso se hallan á la sombra de las espadas. El que muere en la batalla por la causa de Dios, lava con su sangre las manchas de sus pecados. Su cuerpo no será lavado como los demás cadáveres, porque el día del juicio sus heridas esparcirán un perfume como el del almizcle. Cuando los guerreros se presentarán á la puerta del paraíso, una voz les preguntará desde el interior: ¿Qué habeis hecho durante vuestra vida? Y ellos responderán: Hemos esgrimido la espada en la lucha por la causa de Dios. Entonces las puertas eternas se abrirán y los guerreros entrarán cuarenta años antes que los demás. Alzáos, pues, creyentes: ¡dejad vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros bienes y marchad á la guerra santa! ¡Y tú, oh Dios, señor del mundo presente y del mundo futuro, combate por las armas de aquellos que reconocen tu unidad! ¡Aterra á los incrédulos, á los idólatras, á los enemigos de la santa fe! ¡Rompe sus estandartes y entrégalos en botín á los musulmanes, con lo demás que tengan los infieles!”

El predicador, al terminar su discurso, grita, volviéndose hácia los congregados: “¡Rogadle á Dios!” y reza en silencio. Todos los creyentes siguen su ejemplo y golpean el suelo con la frente. Los *mubalijes* cantan: “¡Amén! ¡amén! ¡oh Señor de todos los seres!”

Ardiente como el calor que precede á las tempestades, el entusiasmo de la multitud, contenido hasta entonces y silencioso, estalla en sordos murmullos que, levantándose como las olas é inundando el templo, hacen, por último, retumbar las naves, las capillas, las bóvedas, con el eco de mil voces unidas en un solo grito: “¡No hay otro Dios que Alá...”

La mezquita de Córdoba es todavía hoy, segun opinion universal, el más hermoso templo musulman que existe, y uno de los más admirables monumentos de la tierra.

Cuando salimos de la mezquita, la hora de la siesta (que todo el mundo ha de echar en la España meridional, á causa del calor del medio día), era ya pasada y las calles empezaban á verse un tanto concurridas. — ¡Y qué mal efecto produce, — dije yo á mis compañeros, — en las calles de Córdoba, el alto sombrero de copa! ¿Cómo tencis valor para profanar con figurines á la moda ese cuadro oriental? ¿Por qué no os vestís de árabes? — Pasaban lechuguinos, obreros y niños, y les miraba á todos con curiosidad, esperando hallar alguna de esas figuras de fantasía que nos presenta Doré como ejemplos del tipo andaluz, con tez morena, labios gruesos y grandes ojos. No encontré ni uno. Al adelantar hácia el centro de la ciudad, vi las primeras andaluzas, señoras, señoritas, mujeres del pueblo, casi todas pequeñas, ligeras, bien formadas, algunas hermosas, muchas simpáticas, la mayor parte ni feas ni bonitas, como en todos los países. En el modo de vestir, hecha excepcion de la *mantilla*, no se diferencian de las muje-

res francesas y de las nuestras: una gran masa de cabello postizo en trenzas, mechones, largos rizos... vestidos ceñidos, con pliegues, y botitas con el tacón de punta de puñal. El antiguo traje andaluz desapareció de la ciudad. Por la noche creía que las calles estarían más concurridas; pero ví muy poca gente y aun ésta en los barrios principales; los demás estaban desiertos como en las horas de la siesta. Y es necesario pasar por estas calles desiertas, para saber lo que es Córdoba de noche. Véase brillar la luz en los *patios*; en los ángulos oscuros, la parejas amorosas unidas en íntimo coloquio; la jóven, por lo regular, á la ventana, la mano muellemente abandonada fuera de la reja, y el jóven apoyado contra la pared en actitud poética y la mirada alerta, pero no tanto que tenga tiempo de apartar los labios de aquellas manos ántes de que le vea el transeunte impertinente; y se oye el puntear de las guitarras, el murmullo de las fuentes, suspiros, risas de chiquillos, rumores misteriosos...

A la mañana siguiente, turbado todavía por los sueños orientales de la víspera, fúíme á pasear por la ciudad. Sería necesario un volúmen para describir cuanto de notable encierra; es un verdadero museo de antigüedades romanas y árabes; se encuentran con profusion columnas miliares con inscripciones en honor de los emperadores; restos de estatuas y bajo-relieves; seis antiguas puertas; un gran puente sobre el Guadalquivir, del tiempo de Octavio Augusto, reconstruido por los árabes; ruinas de torres y murallas; casas que pertenecieron á los califas, en las cuales se ven todavía las columnas y los arcos subterráneos de

las salas de baño; y por todas partes puertas, vestíbulos, escaleras, que harían las delicias de una legión de arqueólogos... A eso del medio día, al pasar por una calle solitaria, ví escrito sobre la pared de una casa, junto á una inscripcion romana: CASA DE HUÉSPEDES. ALMUERZOS Y COMIDAS. Al leer esto me sentí el aguijon de un hambre tal, que me decidí á satisfacerla en aquel bodegón, al que me había conducido la suerte. Entré por una pequeña puerta y me encontré en un *patio* miserable, sin mármoles ni fuentes, pero blanco como la nieve y fresco como un jardín. No viendo ni sillas ni mesas, creí que había equivocado la puerta y ya iba á volverme, cuando una vieja, saliendo de no sé dónde, me tuvo.

—¿Se come aquí?—le pregunté.

—Sí señor,—me respondió.

—¿Qué tienen ustedes?

—Huevos, chorizo, chuletas, pescado, naranjas y vino de Málaga.

—Muy bien: tráigame Vd. todo lo que tenga.

Empezó por traerme una mesa y una silla; me senté y esperé. A los pocos instantes oí que se abría una puerta detrás de mí y me volví. ¡Ángeles del cielo, lo que ví! La más hermosa de todas las hermosas andaluzas, no tan solo de las que había visto en Córdoba, sino de todas las que ví despues en Sevilla, Cádiz y Granada; una jóven, permitidme la expresion, capaz de asustar, de poner en fuga, ó de hacer cometer una barbaridad; una de esas caras que hacían gritar. "¡Oh, pobre de mí!" á José Baretti, cuan-

do viajaba por España. Permaneció algun tiempo inmóvil, fijos en mí los ojos como diciéndome: "¡Admírame!" despues se volvió hácia la cocina y gritó: —*¡Tía, despáchate!* lo que me ofreció ocasion de darle *muchas gracias*, con voz turbada, y á ella le proporcionó pretexto para acercarse y responder: —*No hay de qué*, con una voz tan suave que me obligó á ofrecerle una silla, en la que se sentó. Era jóven, de unos veinte años, alta, derecha como una palmera, con grandes ojos dulces, brillantes y húmedos, que parecía que habían llorado poco ántes, negra y ondulada cabellera, y una rosa en las trenzas. Se la hubiera creído una de las vírgenes árabes de la tribu de los Usras, que hacían morir de amor. Ella empezó la conversacion:

—*¿Usted es extranjero, me parece?*

—Sí.

—*¿Francés?*

—Italiano.

—*¿Italiano? ¿Paisano del rey?*

—Sí.

—*¿Le conoce usted?*

—De vista.

—*Dicen que es un buen mozo.*

No respondí. Ella se echó á reir y me pregunto:

—*¿Qué mira usted?*—y riéndose, escondió su pié que había adelantado al sentarse para que yo lo viese. (¡Oh! No hay en este país una mujer que no sepa que los piés andaluces son célebres en todo el mundo.)

Aproveché la ocasion: púseme á hablar de las mujeres andaluzas y expresé mi admiracion por ellas con

las palabras más calurosas de mi vocabulario. Ella me dejó hablar, mirando con mucha atencion una hendidura de la mesa; despues levantó la cabeza y me preguntó:

—*Y en Italia, ¿cómo son las mujeres?*

—¡Oh, hermosas tambien!

—*Pero... ¿serán frías!*

—No, por cierto—me apresuré á responder;—pero... en cada país las mujeres tienen *un no sé qué* diferente de las de los demás países, y entre todas, el *no sé qué* de las andaluzas para un pobre viajero que no tiene todavía canas, es tal vez el más peligroso de todos; y no encuentro palabras para decir lo que pienso; pero si usted no se ofende, yo se lo diré:—*Señorita, usted es la andaluza más...*

—*¡Salada!*—exclamó la jóven cubriéndose la cara con las manos.

—*¡Salada!...* la andaluza más *salada* de Córdoba.

Salada, picante, *salada*: tal es la palabra que se emplea en Andalucía para designar á una mujer bella, seductora, amable, ardiente, todo lo que se quiera; una mujer cuyos lábios os dicen: *¡Bebedme!* y cuyos ojos os obligan á morderos el lábio inferior... La tía me trajo huevos, chuletas, chorizo, naranjas, y la muchacha volvió á decir:

—*Usted es italiano: ¿ha visto Vd. al Papa?*

—No; lo siento.

—*¿Es posible? ¿Un italiano que no vió al Papa! Y diga usted, ¿por qué le hacen sufrir tanto los italianos?*

—*¡Sufrir!* ¿Qué ha dicho usted?

—*Sí. Dicen que le han encerrado en su casa y que le tiran pedradas á las ventanas.*

—No; no crea usted nada de eso: en tales cuentos no hay una palabra de verdad, etc., etc...

—*¿Ha visto Vd. Venecia?*

—¡Ya lo creol

—*¿Es verdad que es una ciudad que sobrenada en la mar?*

Instóme para que le describiera Venecia, y yo le expliqué cómo era el pueblo de esa extraña ciudad, lo que hace durante el día, cómo se viste. Y mientras hablaba, con el esfuerzo que hacía por expresarme con alguna elegancia y tragar los huevos mal cocidos y el *chorizo* rancio, ví que se iba acercando poco á poco, tal vez inadvertidamente, para mejor escucharme, aproximándose tanto, que pude percibir el olor de la rosa que tenía en sus cabellos y el aliento de su respiracion; y debía hacer tres grandes esfuerzos á la vez: uno con mi cabeza, otro con el estómago y otro con todo mi sér, al oír decir de vez en cuando: ¡*Qué bonito!* elogio dirigido al Gran Canal, pero que me producía el mismo efecto que le causaría á un hombre arruinado un saco de escudos que le hiciera sonar en los oídos un banquero impertinente.

—¡*Ah, señorita!*—le dijo por último,—empezando á perder la paciencia;—después de todo, ¿qué importa que las ciudades sean hermosas? El que ha nacido en ellas no les presta atención; y el viajero... tal vez. He llegado ayer á Córdoba; es una hermosa ciudad, no hay duda; pues bien, créame usted si quiere: he olvidado ya todo lo que he visto, no quiero,

ni deseo ver nada más y ni tan solo sé en qué ciudad me encuentro. ¡Los palacios! ¡Las mezquitas!... nada me importa de todo eso. Cuando uno siente en el alma un fuego que le consume, ¿qué va á buscar en las mezquitas? Cuando uno es presa de una locura que le hace rechinar los dientes, ¿irá á contemplar los palacios? ¡Creedlo!... es una triste vida la del viajero: una dura penitencia, un suplicio, un... El prudente abanico me tapó la boca, que iba demasiado lejos... y atacó la chuleta.

—¡*Pobrecito!*—murmuró riendo la andaluza, después de haber mirado á su alrededor.—*¿Son todos los italianos ardientes como usted?*

—¡Qué sé yo! ¿Y todas las andaluzas son tan hermosas como usted?

La jóven extendió una mano sobre la mesa.

—Por caridad, esconda usted esa mano,—le dije.

—*¿Y por qué?*—me preguntó.

—Porque quiero comer en paz.

—Pues coma usted con una mano sola...

—¡Ah!

Me pareció que estrechaba la mano de una niña de seis años; mi cuchillo cayó al suelo, y un espeso velo se extendió sobre mi chuleta.

De pronto sentí la mano vacía, abrí los ojos, ví turbada á la jóven, miré á mi alrededor: ¡oh cielos! estaba allí un guapo jóven, con chaqueta bordada, pantalón estrecho, sombrero calañés ¡oh terror! ¡un torero! Temblé cual si me hubiera sentido en el cuello un par de *banderillas de fuego*.

—¡Comprendo! me dije,—como aquel personaje de

la comedia *Moglie e Buoi*; la jóven un poco turbada, hizo la presentacion:—"Un italiano de paso por Córdoba," y añadió en seguida; "que desca saber á que hora sale el tren para Sevilla."

El torero, que al verme había arrugado el entrecejo se serenó al oír aquellas palabras, díjome la hora de salida, se sentó, y entablamos una amistosa conversacion. Pedíle noticias de la última corrida que se había verificado en Córdoba; como era *banderillero*, me contó punto por punto todas las peripecias. La jóven, en tanto, cogía flores de las macetas. Terminé mi almuerzo; ofrecí al torero un vaso de vino de Málaga, brinde á la dichosa *postura* de todas las *banderillas* del porvenir, satisface el gasto, *tres pesetas* (los hermosos ojos iban tambien comprendidos, se sobrentiende), y después, con un arranque de audacia para disipar hasta la sombra de una duda en el espíritu de mi formidable adversario, dije á la jóven:

—¡Señorita! Nada se niega á quien se marcha; soy para usted como un moribundo; nunca volverá usted á verme, ni oírá jamás pronunciar mi nombre; puede usted por tanto dejarme un recuerdo: déme usted ese ramo de flores.

—Tómelo usted, que para usted lo había hecho.

Y miró al torero; éste hizo un signo de asentimiento.

Le doy gracias con toda la fuerza de mi corazon,—respondí; y me levanté para salir. Los dos me acompañaron hasta la puerta.

—¿Hay corridas de toros en Italia?—me preguntó el jóven.

—¡Oh! No. No las tenemos todavía.

—¡Qué lástima! Procuren Vds. ponerlas de moda en Italia y yo iré á *banderillar* á Roma.

—Por mi parte haré lo que pueda. Señorita, tenga Vd. la bondad de decirme su nombre para poderla saludar.

—Consuelo.

—¡Qué dese Vd. con Dios, Consuelo!

—Vaya Vd. con Dios, señor italiano.

Y enfilé la solitaria calle.

En los alrededores de Córdoba no hay monumentos árabes dignos de ser vistos. Antes, todo el valle estaba sembrado de soberbios edificios. A tres millas al norte de la ciudad, sobre la pendiente de una montaña, se eleva Medina-Az-Zahara, la ciudad de flores, una de las obras arquitectónicas más maravillosas del califato de Abderraman III, dedicada por el mismo califa, como homenaje, á una de sus favoritas, llamada Zahara. Las primeras piedras fueron echadas el año 936 y diez mil obreros se ocuparon en las obras durante veinticinco años. Los poetas árabes celebraron esta Medina (ciudad) como la más espléndida de las residencias reales y el más delicioso jardín de la tierra. Más que un edificio era vasto conjunto de palacios, jardines, patios, pórticos y torres. Allí se veían árboles traídos de la Siria, fuegos fantásticos en altas fuentes, riachuelos bordeados de palmeras, grandes estanques que brillaban al sol como lagos de fuego; puertas de ébano y marfil incrustadas de diamantes, millares de columnas del más precioso mármol, grandes terrazas arenosas, y entre la innumerable

multitud de estatuas, doce animales de oro macizo resplandecientes de perlas, que echaban aguas perfumadas por narices y boca. En este inmenso palacio discurrían millares de servidores, esclavos, mujeres, y los músicos y los poetas acudían á él de todos los ámbitos de la tierra. ¡Y no obstante, ese gran Abderaman III, que vivió en el seno de tantas delicias, que reinó cincuenta años, que fué potente, glorioso, afortunado en todas sus empresas, escribió antes de morir que durante su largo reinado sólo había tenido ¡catorce días de felicidad! Y su encantadora *ciudad de flores*, sesenta y cuatro años despues de haber puesto en ella la primera piedra, fué invadida, saqueada é incendiada por una horda bárbara y salvaje. Hoy sólo quedan de ella algunas piedras que apenas recuerdan su nombre. De otra ciudad magnífica llamada Zahira, que surgía al oriente de Córdoba, fundada por el poderoso Almanzor, gobernador del reino, sólo quedan también algunas ruinas: un puñado de rebeldes la redujo á cenizas, poco tiempo despues de la muerte de su fundador. "Todo vuelve á su antigua madre."

En lugar de dar un paseo en coche por los alrededores de Córdoba, preferí andar errante de aquí para allá, echando cálculos sobre los nombres de las calles, lo que para mí constituye uno de los mayores placeres que puedo disfrutar en una ciudad desconocida. Córdoba, *alma ingeniorum parens*, debió escribir en el ángulo de cada calle un nombre de artista ó de sabio ilustre nacido dentro de sus muros; y sea dicho en su honor, se ha acordado de todos con maternal

gratitud. Encontrais la plaza de Séneca y la casa (si es que es aquella) donde nació; la calle de Lucano; la de Ambrosio de Morales, el historiógrafo de Carlos V, y continuador de la *Crónica general de España*, comenzada por Florian de Ocampo; la calle de Pablo Céspedes, pintor, arquitecto, escultor, arqueólogo y autor de un poema didáctico, *El arte de la pintura*, sin terminar, por desgracia, y sembrado de maravillosas bellezas. Ardiendo en entusiasmo por Miguel Angel, cuyas obras había admirado en Italia, le dirigió en su poema un himno laudatorio, que es uno de los trozos más bellos de la poesía española. A pesar mio, los últimos versos de ese himno acuden á la punta de mi pluma. Italia toda, hasta sin conocer la lengua hermana, puede entenderlos y admirarlos. No es necesario creer, dice al lector, que se pueda descubrir la perfeccion de la pintura en otra parte:

«Que en aquella excelente obra espantosa
mejor de cuantas se han jamás pintado
que hizo el Buonarroti de su mano
divina, en el etrusco Vaticano.

.....
Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
alzándose, extendió las alas tanto,
que puesto encima el estrellado cielo
una parte alcanzó del fuego santo,
con que tornando enriquecido al suelo
con nueva maravilla y nuevo espanto,
dió vida con eternos resplandores
á mármoles, á bronce, á colores.

¡Oh, más que mortal hombre! ¡Angel divino!
¡Oh, cuál te nombraré? No humano, cierto,
es tu sér, que del cerco empíreo vino
al estilo y pincel, vida y concierto:

tú mostraste á los hombres el camino
por mil edades escondido, incierto
de la reina virtud: á ti se debe
honra que en cierto día el sol renueve.»

Y murmurando estos versos llegué á la calle de Juan de Mena, el *Ennio español*, como le llaman sus conciudadanos, autor de un poema fantasmagórico titulado *El Laberinto*, imitación de la *Divina Comedia* que alcanzó en sus tiempos gran nombradía, pues tiene realmente algunas páginas de poesía inspirada y profunda, pero que es al propio tiempo frío y henchido de un misticismo pedantesco. Juan II, rey de Castilla, gozaba tanto con este *Laberinto*, que lo tenía en su gabinete sobre su pupitre y se lo llevaba á la caza. Pero ¡oh capricho real! el poema no tenía más que trescientas estrofas y Juan II decía que eran pocas. ¿Sabeis por qué? Porque el año tiene trescientos sesenta y cinco días y le pareció que el poema debía haber tenido tantas estrofas como días el año. Y le suplicó al poeta que compusiera sesenta y cinco más. El poeta le obedeció, contento, el muy cortesano, de que se le ofreciera un motivo de lisonjear más todavía, pues había adulado al rey hasta el extremo de pedirle ¡que corrigiera sus versos! De la calle de Juan de Mena pasé á la de Góngora, el Marini de España, no ménos grande que éste por su talento, pero más corruptor tal vez de su literatura que lo fué Marini de la nuestra, pues corrompe, estropea y bastardea su idioma de mil modos diversos. Por ello Lope de Vega dice en un soneto, refiriéndose á un poeta gongorino:

—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

¡Pues aya si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

Pero el mismo Lope no se hallaba de todo punto exento de *gongorismo*, cuando tuvo el valor de decir que el Tasso no fué más que la aurora del sol de Marini; ni tampoco el mismo Calderon, ni otros, todos famosos... Pero ¡basta ya de poesía!

Después de la siesta fuí á buscar á mis dos compañeros, que me llevaron á los arrabales de la ciudad, en los cuales ví por primera vez mujeres y hombres de tipo realmente andaluz, tal como me los había figurado, con ojos, color y actitudes árabes. Oí por primera vez el dialecto particular del pueblo de Andalucía, más movido y musical que el de las dos Castillas, y al propio tiempo más alegre y sembrado de imágenes y acompañado de gestos más vivos. Pregunté á mis acompañantes si era realmente cierto lo que se dice de Andalucía, esto es, que la precocidad en el desenvolvimiento físico es causa de la precocidad en los vicios y que las costumbres son voluptuosas y los amores sin freno.—¡Harto verdadero!—me respondieron; y diéronme sobre esto detalles é hicieron descripciones que no brotarán de mi pluma. Volvimos á la ciudad y me llevaron á un magnífico casino, con jardines y salas espléndidas. En una de estas salas, la más rica, que adornan los retratos de todos los hombres célebres nacidos en Córdoba, se eleva un estrado al cual suben los poetas para leer sus poesías, en las fiestas solemnes destinadas á las públicas luchas del ingenio; los vencedores reciben coronas de laurel de manos de las más jóvenes é ilus-

tradas señoritas de la ciudad, sentadas en semicírculo en sillas adornadas con guirnaldas de rosas. Por la tarde tuve el gusto de conocer á muchos jóvenes de Córdoba *ardientemente afectos*, como dicen en español, al *cultivo de las musas*, frâncos, vivos, con un mundo de versos en la cabeza y un baño de literatura italiana, de modo que hubo un cambio ardiente y continuo de sonetos, desde el Petrarca á Prati, desde Cervantes á Zorrilla, y una alegre conversacion, y ardientes promesas de escribir, de mandar libros, de ir á Italia, de volver á España, etc., etc.; palabras y nada más, como siempre, pero muy dulces, sin duda alguna.

Al día siguiente salí para Sevilla. En la estacion ví á Frascuelo, Lagartijo y el Cuco, y toda la cuadrilla de toreros de Madrid, que me saludaron con una cariñosa mirada de proteccion. Me metí en un polvoriento coche y cuando el tren se puso en marcha y Córdoba apareció por última vez á mis ojos, la saludé con los versos de un poeta árabe, un poco voluptuosos, si se quiere, para paladares europeos, pero al fin y al cabo muy adecuados á la ocasion.

”¡Adios, Córdoba! Para morar siempre entre tus muros, quisiera vivir más tiempo que Noé, y tener los tesoros de Faraon para gastarlos en vino y en bellas cordobesas de suaves ojos y que invitan á besar.”



SEVILLA



Como el de Toledo á Córdoba, no excita la admiracion el viaje de Córdoba á Sevilla, pero es más bello, si cabe. Siempre bosques de naranjos, olivares enormes, prados cubiertos de flores. A algunas millas de Córdoba se ven las torres arruinadas del formidable castillo de Almodóvar, colocado sobre elevado peñasco que domina inmenso espacio; en Hornachuelos otro viejo castillo en la cumbre de una colina, en medio de un paisaje solitario y melancólico; más lejos la blanca ciudad de Palma, escondida entre espeso bosque de naranjos, circuida de huertas y jardines. Corre el tren por entre campos de doradas espigas, ceñidos por higueras de la India, pequeñas palmeras, bosques de pinos y espesas plantaciones de árboles frutales. A cada instante se ven castillos, colinas, torrentes, esbeltos campanarios de pueblos escondidos entre árboles y azuladas cumbres de lejanas montañas. Pero lo que más llama la atencion son las pequeñas casas de aldeanos esparcidas á lo largo del camino. No recuerdo haber visto una sola que no fuese